



 Los detectives  
de la línea morada  
Deepa  
Anappara



# Los detectives de la línea morada

Deepa Anappara

Traducción de  
Lorenzo Luengo

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1518

Título original: *Djinn Patrol on the Purple Line*

© Deepa Anappara, 2020

© por la traducción del inglés, Lorenzo Luengo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2021

ISBN: 978-84-233-5864-9

Depósito legal: B. 20.942-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# ESTA HISTORIA TE SALVARÁ LA VIDA

Demente en vida era un jefazo para el que trabajaban dieciocho o veinte chicos y casi nunca tuvo que levantarle la mano a ninguno. Cada semana les daba un paquete de chokolatinas 5Stars o una bolsa de gominolas Gems a repartir entre todos, y los hacía invisibles a la policía y a esos tipos con aire de predicadores que querían rescatarlos de las calles y a los hombres de ojos hambrientos que los miraban atravesar como un rayo las vías del ferrocarril, recogiendo botellitas de plástico antes de que pudiera arrojarlos un tren.

A Demente le daba igual que sus traperillos le llevaran cinco botellas de Bisleri en lugar de cincuenta o pillarlos en la puerta del cine cuando debían estar trabajando, vestidos con sus mejores galas y haciendo cola los días de estreno para conseguir unas entradas que ni siquiera se podían permitir. Pero no le temblaba la mano cuando aparecían con las narices rojas, farfullando y mezclando las palabras, y con los ojos como lunas llenas, hinchados tras haber estado esnifando típex. Entonces Demente les apagaba un Gold Flake Kings en las muñecas y los

hombros, aunque él lo llamaba desperdiciar un buen cigarrillo.

El hedor acre de la carne quemada permanecía en los chicos y los despojaba de ese dulce aunque breve escalofrío que les producía el pegamento Dendrite o el típex. El bueno de Demente les enseñaba a utilizar la cabeza.

No llegamos a coincidir con él porque vivió en este barrio mucho antes que nosotros. Pero la gente que lo conocía, como el barbero que se ha pasado décadas afeitando mejillas hirsutas y el loco que se tizna el pecho de ceniza y se hace llamar santo, aún habla de él. Dicen que los chicos de Demente nunca se peleaban por ver quién era el primero en saltar a un tren en marcha o quién se apropiaría de un peluche o un cochecito de juguete ensartado en el hueco trasero de una litera. A sus chicos, Demente les enseñaba a ser distintos. Por ese motivo, de todos los niños que trabajaban en las estaciones de tren del país ninguno vivió tantos años como ellos.

Pero cierto día fue Demente el que murió. Ni él ni los chicos contaban con ello. Era joven y tenía buena salud, y había prometido alquilar una furgoneta de tres ruedas y llevarlos al Taj antes de que el monzón azotara la ciudad. Le lloraron durante días. Florecieron algunos hierbajos en el yermo regado por sus lágrimas.

Así, los chicos tuvieron que trabajar para individuos que no se parecían en nada a Demente. En esa nueva vida no había ni chocolates ni películas, sólo unas manos abrasadas por las vías de tren, que relucían como el oro bajo el sol del verano, con tempera-

turas de cuarenta y cinco grados a las once de la mañana. En invierno se desplomaban hasta uno o dos grados, y en ocasiones, cuando la niebla era blanca y aparecía granulada como el polvo, las gélidas vías cortantes como navajas despellejaban sus dedos ya repletos de ampollas.

Cada día tras la rapiña los chicos se limpiaban la cara con el agua que manaba de un caño que goteaba en la estación, y elevaban una plegaria colectiva a Demente para que los rescatase antes de que las ruedas de un tren redujesen a arenisca los huesos de sus brazos y sus piernas, o de que un cinto atravesara silbando el aire para partir en dos sus encorvadas columnas y nunca más pudieran volver a caminar.

En los meses que siguieron a la muerte de Demente dos chicos murieron persiguiendo trenes. Los milanos sobrevolaban en círculos sus desbaratados cuerpos, las moscas besaban sus labios negro azulados. Los hombres para los que trabajaban entendieron que recoger e incinerar sus cuerpos era desperdiciar el dinero. Los trenes no se detuvieron y los motores siguieron lanzando sus gritos hasta bien entrada la noche.

Una tarde, poco después de las muertes, tres de los chicos de Demente cruzaron el camino que separaba la estación de tren del batiburrillo de tiendas y hoteles cuyas azoteas se hallaban atestadas de torres rojiblancas de telefonía móvil y negros tanques de agua. Los neones se encendían y apagaban anunciando AUTÉNTICA COMIDA VEGETARIANA y STATION VIEW e INCREÍBLE !NDIA y FAMILY COMFORT. Los chicos iban a un lugar que no estaba lejos de allí: una pared

de ladrillo con rejas de hierro en las que Demente secaba su ropa y bajo la cual dormía por las noches con todas sus pertenencias liadas en un costal al que se abrazaba como si se tratase de su esposa.

A la luz amarilla y rosa de las letras que formaban HOTEL ROYAL PINK, los chicos vieron los pequeños dioses de barro que Demente había colocado en un nicho en la pared: el dios Ganesh con la trompa recogida en su pecho, el dios Hanuman levantando una montaña con una mano y el dios Krishna tocando la flauta, con algunas caléndulas resecas por el sol y fijadas a sus pies por medio de unas piedras.

Los chicos golpearon la pared con la frente y preguntaron a Demente por qué tuvo que morir. Uno de ellos musitó al aire el verdadero nombre de Demente —secreto que sólo ellos conocían— y una sombra se agitó en el callejón. Los chicos pensaron que se trataría de un gato o un murciélago, pero ahí estaba ese algo que cargaba la atmósfera, ese sabor metálico de la electricidad en sus lenguas y el centelleo de ese rayo de luz que había brillado con los colores del arco iris, aunque desapareció tan pronto que bien podían haberlo imaginado. Estaban exhaustos tras buscar botellas y mareados de pura hambre. Pero al día siguiente, mientras rebuscaban entre la basura que había en el suelo de un vagón, allí, bajo diferentes literas, cada uno de los tres chicos encontró un billete de cincuenta rupias.

Todos ellos sabían que aquel dinero era un regalo del fantasma de Demente porque en el aire que los rodeó se sentía su tibio aliento y olía a Gold Flake

Kings. Demente había acudido a ellos porque lo habían llamado por su verdadero nombre.

Los chicos empezaron a dejar cigarrillos para Demente en su pared y cuencos de papel de aluminio repletos de garbanzos especiados, perfumados con el olor penetrante de la lima y adornados con hojas de cilantro y rodajas de cebolla roja. Hicieron burdos chistes acerca de los olores y los ruidos que Demente había soltado la tarde en que se comió un cuarto de kilo de garbanzos de una sentada. Al fantasma de Demente no le sentaron bien las bromas y más tarde descubrieron que tenían unos agujeros hechos con cigarrillos en sus camisas.

Ahora los chicos de Demente están dispersos por la ciudad y por lo que hemos oído algunos ya son mayores y se han casado y tienen hijos. Pero aún hoy, si un chico hambriento se queda dormido con el auténtico nombre de Demente en los labios, verá que al despertar un turista blanco le compra un helado o que una señora con aire de abuelita le deja un pan relleno de verduras en las manos. No es mucho, pero a Demente no le sobraba el dinero en vida, así que tampoco le sobra en la muerte.

Lo gracioso de Demente es que fueron sus chicos quienes le pusieron ese nombre. Cuando lo conocieron vieron que era un tipo duro para muchas cosas, pero los ojos se le empañaban de lágrimas cuando le mostraban que les faltaba un dedo del pie o un desgarrón que latía como un pez moribundo en el dorso de sus muslos, allí donde los habían azotado con cadenas de hierro al rojo. Decidieron que sólo un hombre castigado por la demencia podía tener su parte



de bondad en este retorcido mundo. Pero al principio lo llamaron Hermano y los chicos más jóvenes, Tío, y mucho después empezaron a decir *Demente*, *mira cuántas botellas he encontrado hoy*, y a él no le importaba porque sabía cómo habían llegado a ese nombre.

Meses después de haberse convertido en Demente, una noche de primavera en que había dado cuenta de varios vasos de *bhang*,<sup>1</sup> compró a los chicos unos cuencos de barro de cremoso pudín y, en un susurro, les dijo el nombre que le habían puesto sus padres. Contó que había escapado de casa cuando tenía siete años porque su madre le daba coscorriones por saltarse las clases y largarse por ahí con los Romeos de la Carretera, que se ponían a cantar a grito pelado cada vez que una chica pasaba por delante de ellos.

Durante sus primeras semanas en la ciudad, Demente vivió en la estación de ferrocarril devorando los restos de comida envasada que los pasajeros arrojaban por la ventanilla del tren y ocultándose de la policía en los huecos que había al pie de los puentes peatonales. Cada paso que atronaba sobre él era como un golpe que le asestaban en la cabeza. Por un tiempo creyó que sus padres llegarían allí en tren para ir a buscarlo, echarle la bronca por haberles pegado aquel susto y llevárselo a casa. Por la noche dormía a ratos y en su sueño escuchaba a su madre murmurar su nombre, pero no era más que el vien-

1. El lector encontrará al final de la novela, en las páginas 455-458, un glosario con las palabras en hindi utilizadas en la obra. (*N. del e.*)

to, el traqueteo del tren o la voz cristalina de una mujer que anunciaba que el Expreso del Noroeste procedente de Shilong tenía una demora de cuatro horas. Demente pensó en regresar a casa, pero no lo hizo porque se sentía avergonzado de sí mismo. Decían que la ciudad convertía a los muchachos en hombres y él ya estaba harto de ser un chiquillo y quería ser un hombre.

Ahora que Demente es un fantasma, lo que le gustaría es volver a tener siete años. A nuestro parecer ésa es la razón por la que quiere escuchar su antiguo nombre. Le hace recordar a sus padres y al chico que era antes de subirse a aquel tren.

El verdadero nombre de Demente es secreto. Sus chicos no piensan decírselo a nadie. A nosotros nos parece un nombre tan bueno que, si Demente se hubiera ido a Bombay en vez de venir aquí, alguna estrella de cine se lo habría robado.

En esta ciudad hay muchos Dementes. No debemos tenerles miedo. Nuestros dioses están demasiado ocupados y no escuchan nuestras plegarias, pero los fantasmas..., los fantasmas no tienen otra cosa que hacer salvo esperar y rondar, rondar y esperar, y siempre están escuchando nuestras palabras porque se aburren, y ésa es una manera de pasar el rato.

Recordad que no trabajan gratis. Nos ayudan sólo si les damos algo a cambio. Para Demente es una voz que le llama por su verdadero nombre, y para otros es un vaso de *hooch*, una ristra de jazmín o un kebab del Ustad. Cosas que no se diferencian en nada de lo que los dioses piden hacer a los hombres, con la diferencia de que la mayoría de los fantasmas

no quieren que ayunemos o encendamos lamparillas o escribamos sus nombres una y otra vez en un cuaderno.

Lo más difícil es encontrar el fantasma adecuado. Demente lo es para los chicos porque nunca contrató chicas, pero hay mujeres fantasma y ancianas fantasma e incluso pequeñas bebés fantasma que pueden proteger a las chicas. Quizá nosotros necesitamos fantasmas más que los demás, porque somos los chicos del tren y no tenemos ni padres ni hogar. Si seguimos aquí es porque sabemos invocar fantasmas a voluntad.

Hay gente que piensa que creemos en lo sobrenatural porque inhalamos pegamento, esnifamos heroína y bebemos *desi daru*, que es lo bastante potente como para hacer que a un bebé le salga bigote. Pero esa gente, esa gente con sus suelos de mármol y su calefacción eléctrica, no estaba con los chicos de Demente esa noche de invierno en que la policía corrió a echarlos de la estación de tren.

Aquella noche el viento que barría la ciudad era tan gélido que hasta hacía muescas en las piedras. Ni entre todos los chicos reunían veinte rupias para alquilar una manta durante ocho horas, y el encargado de las mantas los mandó al cuerno cuando le preguntaron si podía prestarles una a crédito. Se sentaron temblando en un callejón oscuro bajo una farola cubierta por un armazón roto, ante un refugio en el que no quedaban camas libres para la noche. Pinchazos de dolor les retorcían manos y piernas. Cuando ya no pudieron soportarlo más, llamaron a Demente.

*Discúlpanos por molestarte otra vez —dijeron—. Pero nos da mucho miedo morir.*

La lámpara rota de la calle crepitó y se encendió. Los chicos levantaron la mirada. Unos amarillentos rayos de luz almibarados de calor se derramaron sobre ellos.

—Esperad —les dijo el fantasma de Demente—, a ver qué más puedo hacer.